



Xavier Pousa, la fidelidad al buen hacer

Xavier Pousa, que cuelga su codiciada obra en la Nueva Sala —que lleva una buena racha en calidad últimamente, y que siga—, es un pintor con una absoluta fidelidad a sus principios (cuando pinta, entiéndase; ya que en otros aspectos es abierto, comprensivo, liberal y hasta captador y admirador de diferentes corrientes, estilos, modos y modas en cualquier faceta artístico-creadora).

Xavier Pousa, que es capaz de realizar fortísimos caracteres, tremendos, duros trazos, dulces expresiones, (veáanse “Miña nai”, “Na cociña”, “Rapaciña”, números 2,40 y 3 respectivamente en el catálogo), que denotan su maestría y aclaran que podría haber seguido por la ruta de cualquier manierismo más o menos en boga, quiere —porque sí, porque le peta—, seguir la ruta sería —e imperecedera siempre—, de su impresionismo poético (y digo poético no en el sentido griego o de creación, que esto se supone, sino en el que utilizaríamos para hablar de un creador de la palabra. Xavier, en vez de versos, ritmos, rimas, utiliza paisajes, momentos, quietudes, soledades, contemplaciones, paz, sensaciones anímicas, impresiones, —claro—, y colores, brumas, aire, ambiente y... y con todo ello crea sus cuadros.

Cuadros en los que destaca su perfección técnica, su cocina, su buen hacer; en los que el espíritu se evade en dorados y carmines cuando nos da paisajes y en cárdenos y si hace desnudos y en vida, en suma, cuando pinta bodegones o flores.

Pero, ojo; Xavier Pousa no es un ruralista, un paisajista que copia

fielmente a la naturaleza. La fidelidad de que hablamos al principio se refiere a sus esquemas personales de pintura honesta, bien hecha, permanente, pero con el toque personal, su manera de entender el cuadro que le caracteriza. Poque, de cuando en cuando, Xavier juega y golpea la tela sin terminar absolutamente la obra —véanse sus playas— para dar la auténtica sensación del instante, o la finaliza en calidades exquisitas hasta el grado de que se sobresalten y se muevan tenuemente ante el espectador sus flores —observan las “mimosas”—, o crea esa perspectiva ambiental, tan difícil siempre de conseguir —fíjense en la “lareira” que hay al fondo de “Cereixas de Bease”—.

Es que Xavier Pousa es un pintor de una vez, sin engaños —sin facilidades también—, que encontró su camino ahí y que no desea —no debe— cambiar.

Y si dije al inicio “su codiciada obra” es porque, además de la alegría grata de contemplar sus cuadros, la muestra está siendo —ha sido— un éxito en cuanto a adquisiciones, lo que viene siendo un refrendo de la valía de Xavier Pousa, pues los coleccionistas gallegos —los buenos—, entienden los suyos, hay que decirlo.

Enhorabuena para ellos y para el pintor.

Lalo Vázquez Gil
Mayo, 1979